



CAPITULO XII

LA INMIGRACIÓN AL VALLE DEL MAGDALENA

Necesidad de brazos extranjeros.—Condiciones que esta inmigración requiere.—La raza blanca no es á propósito para colonizar las tierras tropicales.—La africana es la adecuada para iniciar esa empresa.—A ella se debe la colonización de la América tropical.—Necesidad del cruzamiento entre las razas blancas y negras en América.

La inmigración extranjera ha sido, en los tiempos modernos, el medio más rápido de progreso para un país. En la antigüedad, inmigración y conquista eran sinónimos; en la actualidad pueden serlo á veces, pero no es ya el caso más frecuente. Ella da los brazos necesarios para cultivar la tierra y para todos los demás trabajos que requiere el desenvolvimiento de un país: trae consigo industrias más adelantadas y hábitos de disciplina social de países más antiguos. Sirve, en fin, para mejorar la raza nativa por el cruzamiento con otra más fuerte y en un estado superior de evolución. Así, nosotros querríamos inmigración europea civilizada, moralizada y provista de elementos de trabajo, semejante á la que tan asombrosos resultados está produciendo en los Estados Unidos, en Australia, en el extremo Sur del Africa, y en las provincias del río de la Plata.

Empero, sólo tres causas han dado origen en este siglo á grandes corrientes de inmigración civilizada:

Salarios altos;

Grandes minas de oro y plata recién descubiertas; y

Facilidad de adquirir tierras en propiedad en países muy prósperos.

Aparte de estos motivos, los hombres que cambian de patria han buscado también en la nueva, relaciones de lengua, climas, costumbres y estado de civilización no inferiores en mucho á las de su país nativo. Yá el nuevo mundo no ejerce esa fascinación poderosa que tenía en el viejo sobre los espíritus, en los primeros días del regreso del primer viaje de Colón. El África, tan inmediata á las costas de España, Francia é Italia, apenas ha logrado atraer á la colonia francesa de Argel, en más de cincuenta años, un pequeño número de inmigrantes, relativamente hablando; pero casi ningunos el Egipto, con excepción de algunas de sus grandes ciudades, y nada ó casi nada las colonias del Senegal, la Costa de Oro, el Congo y demás países ecuatoriales. Abolida la esclavitud, las Antillas, colonias pobladas por europeos desde tres siglos atrás, han entrado en un período de decadencia. Las Guayanas, que no han participado de la convulsión de la independencia en las repúblicas americanas de origen español, están más atrasadas que estos países revolucionarios.

La consideración del clima se ha sobrepuesto á las ventajas naturales de fertilidad, producciones espontáneas y adquisición de tierras en propiedad. Sólo la zona templada ha tenido atractivo para el europeo. El español se dirige hoy de preferencia á Buenos Aires en lugar de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. El inglés va en guarismos anuales de 100,000 á Australia y Nueva Zelandia, dobles ó triples á los Estados del Norte de la Confederación Americana, y en números insignificantes á la India, Borneo, Ceilán y Jamaica. El alemán prefiere refundirse en la raza americana del Norte á ir á colonizar sus recientes adquisiciones en la costa de África. A despecho de grandes incentivos y de protección especial, la inmigración europea es muy débil en el imperio del Brasil, en donde no ha penetrado lo que el sajón llama espíritu anárquico de la raza latina.

Evidentemente, el inmigrante civilizado puede prescindir de su patria, pero no puede prescindir del teatro, de los refinamien-

tos culinarios, ni del comercio intelectual de otros hombres á la altura de sus ideas y de sus conocimientos.

Los pueblos tropicales tenemos que renunciar por algunos años á la esperanza de grandes corrientes de inmigración europea, á menos de la intervención de causas extraordinarias, como descubrimiento de grandes minas ú otras semejantes.

Sólo podremos tener dos clases de importaciones humanas: las de raza amarilla (los chinos) y las de raza africana.

¿Serían para nosotros un mal?

La raza mongólica parece ya estrecha dentro del límite de su gran muralla, y deseosa de derramarse por el resto del mundo. Habiendo conocido la América del Norte—la mansión en la actualidad quizás más favorecida para la raza humana en toda la tierra,—allá hubiera querido dirigirse en grandes masas; pero las puertas de esa nación, antes abiertas de par en par á todos los desgraciados, le han sido cerradas con dureza. Recientemente ha ido á las islas de Sandwich, en donde ha dado altas muestras de su genio colonizador. También quiso dirigirse á Australia, en donde ha encontrado entre los ingleses la misma antipatía que entre los americanos. Al Perú fue, no espontáneamente, sino llevada por medio de conciertos obligatorios que constituían á los inmigrantes en calidad de esclavos. Como táles fueron tratados en lo general, naturalmente quisieron hacer las represalias que estuvieron á su alcance, en robos y otros géneros de venganza; y el resultado era fácil de prever: la inmigración china cesó.

Después, atraídos por los trabajos del Canal, han ido á Panamá, en donde han sido mejor recibidos, y dado menores ó ningunos motivos de queja. De Panamá pueden pasar á otras partes de la República: esto es natural. La inmigración de mongoles está, pues, á nuestras puertas, y es bueno pensar de antemano en la manera como deberemos tratarlos.

Los antiguos esclavos africanos emancipados en los Estados Unidos no tienen muchos motivos para estar del todo contentos con su suerte en los del Sur, sobre todo desde que el Gobierno

federal cesó de darles esa protección celosa con que por algunos años los cubrió contra el poder ó contra el odio ó el desprecio de sus antiguos amos. Como lo veremos en el curso de estas NOTAS DE VIAJE, cuando lleguemos á los Estados Unidos, hay allí campo para atraer la inmigración de algunos centenares de miles de raza africana con sólo suministrarles algún pequeño auxilio para su pasaje, y tierras baldías que ofrecerles en propiedad. En el mismo caso están las poblaciones de color de todas las Antillas, las cuales suelen venir á nuestras costas á trabajar en la construcción de ferrocarriles—cuando los hay,—ó en la tripulación de los vapores. En el momento en que hubiese demanda de peones en el valle del Magdalena para trabajos agrícolas, pudiera contarse con ellos en no pequeño número. El día que allí se paguen jornales medianamente altos, vendrán.

No temeré decir resueltamente que considero la posibilidad de esas dos inmigraciones como una circunstancia feliz, y más aún, que debiéramos prepararnos para hacerles una recepción simpática, tanto en las relaciones privadas como en la acción oficial.

Las tierras tropicales no han podido nunca ser ocupadas por la raza blanca sino con el auxilio de otra raza mejor dotada para resistir las influencias físicas del clima. Destruída por los conquistadores españoles la raza indígena aclimatada en los trópicos—cuya conservación en las márgenes del Magdalena hubiera sido de tanto precio para los trabajos futuros de colonización,—la América tropical no hubiera podido ser colonizada sin el concurso de los hombres de color que fueron traídos en calidad de esclavos. Sólo ellos resistían la malaria de los bosques cenagosos, sólo ellos eran superiores á los ardores del sol, sólo ellos tenían la fuerza física que exigían las labores de las minas y el descuaje de los bosques seculares. Ellos cultivaron el suelo, construyeron habitaciones, abrieron los primeros caminos, crearon la primera riqueza. Con esos auxiliares la raza conquistadora pudo rodearse de comodidades, eximirse de trabajos duros, resistir la influencia del clima, consagrarse al estudio y levantar el nivel intelectual de estos pueblos americanos. Más aún, á esos

hombres fuertes, valerosos y dotados de altas cualidades de corazón, debemos, en gran parte, nuestra independencia.

Ni las Antillas, ni Colombia, ni Venezuela, ni el Brasil; más digo, ni los Estados del Sur de la Unión Americana, cuyo clima es sólo semi-tropical, hubieran podido ser colonizados sin el concurso de los africanos.

Los servicios que á la raza blanca prestó su hermana menor, la de color oscuro, en calidad de esclava, no serán menos importantes prestados en condición libre y al amparo de leyes que consagren la igualdad política de todos los hombres. El trabajo libre del hombre de color será tan útil como el trabajo esclavo; pero no estará acompañado de ninguno de los inconvenientes de la esclavitud.

La inferioridad moral que se atribuye á la raza africana es efecto, simplemente, de su estado de evolución inferior; pero es susceptible de tanta elevación y nobleza como la raza blanca, y gran parte de los defectos que se le atribuyen en el día, son obra de la institución social que la puso á merced de la otra, acá en América, no efecto de inferioridad de su organismo, ni siquiera de su ignorancia y falta de cultivo moral. Stanley, el famoso explorador de las regiones interiores del África, nos refiere haber empezado sus viajes por el Congo, bajo la impresión de desprecio y aun de antipatía que los americanos del Norte profesan al hijo del *continente oscuro*; pero después de tres años de exploración y de combates incesantes con los aborígenes, regresó vencido por la nobleza, el valor heroico, la abnegación y las sólidas virtudes de esa fuerte raza, en quien, si son temibles las cóleras, también es grande la compasión, firme la lealtad y profundo el sentimiento del deber. Su naturaleza moral, por una ley de equilibrio y correlación que parece gobernar todas las fuerzas, está á la altura de su naturaleza física.

Se la tacha de holgazana é indolente á las necesidades de la civilización: ¿mas no serán los hechos observados á este respecto acá en América, un resultado de la falta de compensación á sus trabajos injustamente expropiados por una institución ini-

cua? El americano del Norte más diligente ¿mostraría menos repugnancia al trabajo si los frutos de él no hubiesen de pertenecerle y sí pasar á las manos de un opresor? Establézcase la relación natural entre el trabajo y la propiedad del trabajador, y se verán desmentidas en breve tiempo esas impresiones.

En el Sur de los Estados Unidos se creyó arruinada toda producción luégo que los esclavos fueron manumitidos, porque se juzgó, tanto en América como en Europa, que la indolencia de los manumisos no podía ser vencida sino con el látigo de los sobrantes. El mundo ha visto sin asombro que con sólo el incentivo de buenos salarios ó de participación en el valor de las cosechas por ellos producidas en las tierras de sus antiguos amos, la producción de algodón y tabaco, azúcar y melazas, arroz y maíz, ha vuelto en esos Estados no sólo á su antiguo pie, sino á guarismos mayores. Por supuesto que no cambian en pocos años instintos arraigados en el curso de siglos; pero desaparecerán del todo delante de la influencia poderosa de la justicia. ¿No se han transformado también, en menos de un siglo, con el estímulo del ejemplo y de la instrucción, en hombres trabajadores los salvajes indolentes hasta el canibalismo, que Cook encontró en las islas de Sandwich? ¿No llegaron los negros de Marruecos, bajo la influencia de la civilización árabe desarrollada en España, á un alto grado de poderío y riqueza? Los árabes mismos del desierto, que en el día parecen refractarios al trabajo y al respeto del derecho de propiedad, ¿no fueron también, en el Califato de Córdoba, el pueblo más civilizado de Europa, á tiempo que en el resto del continente imperaba espesa la tiniebla de los siglos medios?

En cuanto á la repugnancia física, nacida de gustos estéticos engendrados por la costumbre y por una selección forzosa entre dos razas hasta ahora antagonistas, bastará decir que no se trata de establecer ninguna mezcla obligatoria entre ellas. Si bajo el régimen de la esclavitud pudieron cruzarse por iniciativa de los amos mismos, no es de temer que en el medio de la libertad subsista con mucha fuerza ese disgusto, sobre todo en la vida de transición de regiones no cultivadas. El cruzamiento de ellas,

en lo que á la América española se refiere, es un hecho principiado en España durante la dominación de los moriscos, y continuado en América como una necesidad invencible de la primera colonización. De ese enlace providencial ha resultado un tipo intermedio que,—no temeré decirlo,—con todo el vigor físico de la una, ha sobrepujado á la otra en la belleza escultural de las formas, en sentimientos conyugales y en cualidades domésticas.

El cruzamiento de las razas, como medio de mejorar una y otra, es un hecho demostrado en biología, en lo relativo á las razas animales sometidas al hombre. La reproducción repetida en un mismo tronco, produce degeneración en la especie, debilidad física, esterilidad, enfermedades hereditarias. La raza vacuna degenerada en una localidad se levanta por el cruzamiento con otra. Rebaños he visto en las orillas del Magdalena, procedentes de razas europeas mejoradas, que enfermos y raquíuticos por la acción de un clima y de pastos á que no estaban acostumbrados, fueron levantados á la salud y la robustez con sólo un cruzamiento ocasional con la raza pequeña y desmedrada del centro del Tolima, pero ya perfectamente aclimatada. La raza caballar árabe produjo con su cruzamiento la de sangre inglesa, y ésta á su vez, con las demás del continente, ha dado origen á esas espléndidas variedades del Percherón, el Norfolk, el caballo de cacería inglés, el trotero americano, etc. Cruzamiento y selección son dos leyes biológicas que, lejos de ser antagonistas, engranan y se completan. La selección suministra los tipos: el cruzamiento los propaga y diversifica de acuerdo con las condiciones locales.

El cruzamiento de la raza europea con la africana es una necesidad que, á mi sentir, se impone ya acá en América, y no sólo en la tropical, sino en algunos países de la zona templada. Parece incontestable que no se encuentra ya entre las familias de raza blanca esa robustez física, esa constancia indomable, esa superioridad irresistible que los primeros conquistadores mostraron sobre los pueblos indígenas de este continente. Nótase decadencia física y moral, en camino á la esterilidad entre los descendientes de esas antiguas familias, las cuales van decre-

ciendo en número, en riqueza, en influencia política y social. Los ejemplos que en contradicción de este aserto pudieran citarse, quizás proceden de algún cruzamiento oculto con el negro ó con el indio, que ha restituido á la sangre del blanco el vigor físico antes desfalleciente. En Colombia empieza á ser elemento dominante el de las familias de raza mixta, que forman la masa más considerable de población, y en quienes se notan más condiciones de vigor físico, si bien no todavía, preciso es confesarlo de superioridad intelectual. En los Estados Unidos del Norte, por lo poco que pude observar y por lo que leí en los periódicos y en las relaciones de los viajeros, la raza blanca de más de un siglo de antigüedad ha ganado en distinción y finura en los rasgos de la fisonomía, todo lo que ha perdido en robustez física; la talla parece haberse levantado á expensas de la solidez de formas; de suerte que yá son poco comunes esos cuerpos macizos, extraordinariamente fuertes, que se notan en el tipo inglés primitivo. La mujer americana, en las ciudades sobre todo, es inteligente en gran manera; pero parece débil y enfermiza y tiene una tendencia notoria á la esterilidad, con pérdida evidente también de los sentimientos amorios y de los instintos de ternura maternal, sobre todo en las grandes ciudades.

El mismo fenómeno parece observarse en Europa, en donde el crecimiento de la población, en Francia, Italia y España, es enteramente lento. La idea del lujo llevada al extremo, la pasión de los goces refinados, el desarrollo de enfermedades infectivas que se nota en aumento, son fenómenos que en parte pueden atribuírse á la influencia de la miseria, y á la perversión de la aristocracia por otra; pero también pueden ser considerados como síntomas de la degeneración de la raza, que pide el cruzamiento con otra más vigorosa, y más sana bajo el aspecto moral.

Petulante como puede parecer en un americano del Sur la expresión de estas ideas, que en un europeo quizás despertarían una sonrisa de compasión, las presento con franqueza como producto inconsciente de una observación poco preocupada.

Los principios que rigen la propagación de las formas y de las condiciones morales y físicas de la vida, son los mismos en

todos los seres, sin exceptuar los humanos. Los griegos del siglo de Pericles profesaban á las hordas amenazantes del valle del Danubio, el mismo desprecio que las europeas del siglo XIX alimentan por las razas de evolución atrasada del Asia y del Africa; pero esas hordas apellidadas bárbaras por los Griegos y los Romanos, acabaron por establecer su supremacía sobre los descendientes de los vencedores de Maratón y sobre los orgullosos romanos del imperio, y forman hoy la parte más intelectual y poderosa del linaje humano. Los feroces hunos, que las crónicas del siglo IV nos pintan con formas repulsivas y horribles, son los magiares del tiempo presente, entre quienes sobresalen los tipos más bellos y físicamente más poderosos de la raza europea.

Las comodidades físicas, la buena habitación, el vestido y alimentos mejor preparados; la emancipación de trabajos rudos, que gastan rápidamente la vida orgánica; el desarrollo intelectual que refleja en la fisonomía los más levantados objetos que dan ocupación al cerebro,—todo eso modifica las razas al través de los siglos, dulcifica la expresión del semblante, modela en proporciones más equilibradas las formas físicas, y suaviza los crudos tonos del color de la piel. Esta es una materia en que son aventuradas las teorías que pretendan elevarse á la categoría de generalizaciones científicas; pero quizás lo que se llama las razas humanas no es más que el resultado de influencias específicas del clima, confirmado al través de períodos indefinidos de tiempo por la acumulación de herencias fisiológicas; resultado susceptible de modificación en el curso de los siglos por influencias distintas.

En el valle del Cauca, situado á 1,000 metros sobre el nivel del mar, me ha parecido observar que el tinte oscuro de la raza africana va desvaneciéndose á tintas semejantes á las del cacao, más claras yá que en las poblaciones del mismo origen en la costa atlántica. A su paso por el corazón del continente africano, Stanley encontró también tintas más claras en las tribus habitadoras de las márgenes del lago Victoria y del Mta-Nzigué, á la misma altura sobre el mar que el valle del Cauca, y más claras aún, y sobre todo con facciones más finas, entre las pobla-

ciones de Gambarangara, que habitan alturas de 1,500 á 1,800 metros. En el Sur de España, y aun en Madrid mismo, me pareció ver en la fisonomía de personas perfectamente blancas el conjunto de líneas bien expresivo de un origen africano.

Sea de esto lo que fuere, lo que sí parece indudable es que el cruzamiento modifica las razas, ya sea produciendo un tipo distinto de ambas, bien absorbiendo, por medio de selecciones,— que la naturaleza dirige de un modo inconsciente,— los rasgos de la fisonomía inferior entre los de la raza superior.

De todos modos, en fin; si bajo el imperio de instituciones aristocráticas pudiera existir dificultad para las relaciones armónicas de razas distintas, la democracia sí permite que vivan en paz y prestándose cooperación amistosa; de lo cual Colombia ofrece un ejemplo no desmentido en los cuarenta años corridos desde la abolición de la esclavitud.

Los chinos forman una raza superior á la africana en los aspectos intelectual é industrial, y aun probablemente á nuestro pueblo, tomado en su conjunto. Son en extremo sobrios, laboriosos, buenos agricultores, y en las artes manuales sobrepujan quizás á todos los pueblos del mundo. Por el lado moral no es el mejor posible el concepto de que gozan; pero no se puede juzgar de una comunidad inmensa, como es esa, por unas pocas individualidades, generalmente las menos tranquilas, como son los primeros exploradores que salen de su país en busca de aventuras; de ordinario la espuma de las poblaciones acumulada en las ciudades de las costas. Si el testimonio de recientes viajeros al Celeste Imperio es contradictorio, á lo menos la poca experiencia que en Panamá tenemos de ellos, no ha dado hasta ahora motivo para mirarlos con desconfianza. Como su entrada á nuestro país habría de ser muy lenta, tiempo sobrado tendríamos para juzgar de su carácter por nuestro propio juicio, sin tener que guiarnos por opiniones ó preocupaciones ajenas. En el territorio de Panamá, sobre la línea de los trabajos del canal, existen en número de 12,000, según fuí informado.